

Comentarios del crítico de arte Francisco Calvo Serraller sobre las obras realizadas en los años cincuenta por el pintor Ramiro Tapia.

A comienzos de dicha década, con apenas veintipocos años, Ramiro Tapia desarrolló una obra pictórica en perfecta sintonía con el espíritu vanguardista internacional, que, por aquel entonces, estaba fascinado con la figura de Paul Klee. No fue el único en hacerlo en nuestro país por aquellas fechas, donde los mejores se adentraron en el informalismo de la mano de un Klee visto en clave surrealista, pero probablemente fue uno de sus más inteligentes y delicados intérpretes, además de haber sido también quien supo sacarle un mejor y más versátil provecho.

Por otra parte, a diferencia de otros jóvenes creadores de su generación, que, muy pronto, se lanzaron por el camino del informalismo y del expresionismo, Tapia se mantuvo fiel, durante toda la década, al universo de Klee, si bien, al final de la misma, dio más relevancia al empaste pictórico e hizo formas más geométricas y monumentales, todo lo cual le sirvió como base al que fue su posterior estilo de arquitecturas fantásticas.

La claridad y el refinamiento con que Tapia concebía su universo mágico, atrajo a Willi Wakonnigg, (1914-2000), artista también y fundador de la prestigiosa firma Gastón y Daniela. De la colaboración entre ambos, surgieron diseños, cuya modernidad y audacia no tenían parangón en la España de entonces y que hoy nos siguen asombrando.

De todas formas, el fundamento y la clave de todo ello está en esta pintura de Tapia de los años cincuenta, que no sólo no ha "envejecido" con el paso del tiempo, sino que quizá hoy somos más capaces de **apreciar en su fragancia y sutileza.**